

La muerte y el sentido de la vida

Luis Armando Aguilar Sahagún

No es difícil reconocer en la muerte un cuestionamiento radical de la existencia humana y de toda comprensión acerca del hombre. Su sentido y su valor se ven directamente afectados por este hecho inevitable. El cuestionamiento se plantea en términos de ¿para qué la vida? Así mismo, la muerte abre la posibilidad de una comprensión distinta de la vida en su conjunto. ¿Por qué recibí la vida? ¿Qué es lo que realmente hace que valga la pena vivirla? La muerte y la vida forman un binomio cuya naturaleza puede ser esclarecida desde distintos puntos de vista. Es conocida, por ejemplo, la perspectiva de los estoicos, quienes la veían como algo inevitable y que obligaba a adoptar una actitud serena y distante frente a todo: gozos y desgracias. O de los Epicúreos, quienes apostaban por el gozo de todo lo que la vida ofrece, en la medida en que contribuya a alejar lo más posible el sufrimiento. La visión de la llamada “metempsícosos” o transmigración del alma - ya sostenida por los pitagóricos, por Platón y, bajo una cosmovisión muy distinta, por el budismo en sus distintas versiones – enfrenta a la muerte bajo otra perspectiva.

Aquí ensayaremos el examen del binomio vida-muerte partiendo de un dato decisivo en la existencia humana: el sentido de la libertad. Es bajo este aspecto como cabe advertir que entre el sentido de la vida y el sentido de la muerte hay una correlación. Suele decirse que “como es la vida es la muerte”. El refrán guarda cierta correspondencia en el plano reflexivo. El advertirlo, nos puede ayudar a valorar más la vida y a dimensionar el tejido esencial de qué está hecha, qué son nuestras decisiones y aquello que amamos.

Del modo en que interpretemos la vida se sigue la comprensión de la muerte. A la unidad sustancial de la persona ha de corresponder, por su dimensión histórica y biográfica, una configuración unitaria, que sólo puede lograrse a través de sus acciones. En esa configuración se expresa la unidad y continuidad de lo vivido, así como las valoraciones, las cosas que hayan sido importantes y el compromiso de la persona con ellas. Se trata del modo en que se van plasmando las opciones de mayor peso que un ser humano va haciendo a lo largo de su vida y a través de las cuales, vistas desde el final de su trayecto, cobra expresión lo que la persona quiso ser, alcanzando su validez definitiva. Esa configuración sellaría lo que sería su más profundo proyecto de vida.

A partir de esta concepción de la muerte, la vida vivida cobra toda su seriedad y obtiene un peso propio de sentido. De otro modo la vida podría disolverse, por encima del tejido de las distintas experiencias y opciones - de lo serio con lo trivial, de lo que se hace de forma inconsciente o irresponsable con lo que tiene verdadera importancia y en lo que se compromete la persona entera - en un mosaico más o menos coherente y fragmentario de experiencias, en la “insoportable levedad del ser” (Kundera)-.

En esta perspectiva es legítimo considerar, como sugiere el Prof. Gerd Haeffner, que “cada instante es un átomo potencial de eternidad”. La muerte es el final de la vida histórica, no la

aniquilación del sujeto. Por el contrario, el sentido trascendente de los actos lleva a postular – sólo eso - que la persona, que es su fuente, tiene también un sentido eterno y trascendente. Éste sería el punto de llegada de una reflexión racional. Las religiones ofrecen ricas perspectivas de comprensión de lo que esto pueda significar como ocurre por ejemplo en la perspectiva cristiana, con la promesa de “vida eterna”, “resurrección” y “comunión con Dios”.

El sentido de la vida depende del sentido de la libertad. Si esto es verdad, entonces ese sentido sólo puede consistir en adoptar una actitud fundamental de libertad que sea tan *plenificante* que se manifieste en un modo de actuar libre y una alegría espontánea, más pura que el mero disfrutar o pasarla bien.

¿Cuál sería el peso de la diferencia entre lo bueno y lo malo, en el aquí y ahora, si la vida se disolviera en un conjunto de diversas fases, situaciones, actividades y todo lo que tuvo alguna vez para la persona un valor absoluto si al final se disolviera de la misma manera que todo lo banal? ¿Cómo puede esa diferencia ser tan absoluta, cuando el actuar que se orienta fundado en ella se disolviera en la nada, del mismo modo que el actuar que se desentiende de ella?

El vínculo de la auténtica libertad con lo definitivo permite advertir la seriedad de nuestro libre actuar, de la dignidad humana y de la diferencia moral entre el bien y el mal que se vinculan a ella. Es por eso que resulta más razonable plantear que la muerte no tiene la última palabra sobre el núcleo del ser personal, sobre el Ser del ser libre. Ser libre que, por la inherente sociabilidad humana, está remitido a los otros, a los vínculos en virtud de los cuales cada persona es la que puede ser, al amor y al bien que recibe de los demás y que él también es capaz de dar, libremente. Es por eso que, por más que la vida sea individual, el sentido de la vida – y de la muerte - no puede ser concebido de manera *atomizante*. Algo de cada cual muere en los otros en su deceso. Algo del sentido – o del sinsentido - de una vida perdura o se pierde para los demás con nuestra muerte. Para un ser pensante, sólo si esto es así vale la pena vivir. Esta interpretación da a la vida su mayor potencial de sentido y, si se considera de cerca, es la única que corresponde a la seriedad de la diferencia entre el bien y el mal moral, y del sentido trascendente del amor, la justicia, la solidaridad, la verdad y los grandes valores que dan a la vida, tanto personal como socialmente, toda su dignidad.

Cabe preguntar si esta interpretación es sólo un postulado, o si tiene validez como verdad; si de cara a la radicalidad del ocaso del ser humano en la muerte - en cierto modo vivenciada como una auténtica cesura- puede realmente ser verdad esta interpretación. No se trata de poner en tela de juicio la radicalidad de la depotenciación existencial del sujeto que muere. Con todo, no parece válido excluir la posibilidad de que, si bien la persona, el sujeto del pensar y el querer espiritual, requiere de un cuerpo humano sano y sobre todo, de un cerebro para sus modos de existir y manifestarse en el mundo, no los requiera para existir, absolutamente hablando. Si bien la corporalidad y el ser en el mundo son aspectos fundamentales de la persona, no es imposible pensar que el núcleo del sujeto espiritual de la persona pueda tener otro modo de existir.

Esta no-imposibilidad basta para justificar el “bello riesgo” del que habla Platón de vivir como si la muerte no tuviese ningún poder sobre nuestro más íntimo ser (Fedón 114 d). Lo que impulsa a adoptar una actitud de este tipo, es el dinamismo de la libertad. Si a pesar de ello fuera verdad que los valores supremos para la persona son la mera sobrevivencia y el

pasarla bien, cuando éstos entraran en conflicto con los valores morales, se le quitarían a la vida sus mejores posibilidades de sentido. El Prof. Haeffner señala que el sentido de la libertad sólo puede consistir en lo que ella puede producir, en lo que “sólo a través de ella y de ninguna otra forma” puede ser producido. Frente a una concepción meramente empírica o actual de lo que llamamos *nuestro yo*, plantea serios cuestionamientos: ¿Cuál es para un ser pensante el fundamento del compromiso en la vida y con la vida? ¿Puede ser nuestro ser actual, que se forja en buena medida en el sentimiento egocéntrico e infantil de asirnos a nosotros mismos, en su mayor parte, forjado de ilusiones? ¿Ofrece un fundamento convincente el mero seguir viviendo, por mucha sabiduría que en ello podamos poner o encontrar?

Parece que lo único que puede fundar ese compromiso sólo puede estar en el hecho de que lo que producimos en los actos más puros de nuestra libertad – en primer lugar, nuestro propio ser liberado - se mantenga de algún modo a través de la muerte. A ojos de un ser pensante sólo así merece la pena vivir. No que la vida terrena se justifique sólo por la vida posterior y en el más allá, sino también porque sin esa permanencia y salvación, la vida terrena se muestra como carente de sentido y orientación. Si la vida terrena en sí misma no fuera portadora de una dimensión eterna, tendría demasiado poco peso.

El fallecer, la muerte biológica, puede ser la última fase en un proceso de liberación. Lo que no muere es la persona que configura su vida al amar y al optar por los que se presentan a su conciencia como exigencias incondicionales de acción. Este tipo de experiencias son las que más realizan a la persona y en las que atisba y pregusta el valor de lo definitivo y eterno. Este es un claro indicio de que la muerte física no equivale al aniquilamiento de la persona. Lo generado espiritualmente, no muere con el hombre. Es más bien lo que marca y configura a la persona de la manera más decisiva.